Técnica narrativa, expresión artística y contenido ideológico en los artículos de costumbres de Mariano José de Larra

María Dolores NIETO GARCÍA
Universidad Ceu-San Pablo, Madrid
nieto.fhm@ceu.es

La celebración, el pasado año, del bicentenario del nacimiento de Larra es un buen motivo para detenernos una vez más en su espléndida obra literaria y periodística, de agudo sentido crítico. Estimula, para ello, disponer de nuevos materiales, pero, sobre todo, saber que la pasión que despierta este autor, pese a su corta vida, y la actualidad e interés de sus artículos, no solo no han decaído, sino que renacen con mayor energía cada día, desde aquel trágico 13 de febrero de 1837 en que decidió poner fin a su vida, hasta hoy día en que, con la perspectiva de la lejanía temporal, valoramos más objetivamente su sagacidad, intuición y poder de vaticinio sobre el futuro de España, así como la frescura y modernidad de su lenguaje y técnica narrativa.

No fueron buenos tiempos aquellos que le tocaron vivir a Larra: el Madrid de 1809 era sucio y pobre, las enfermedades y la guerra diezmaban frecuentemente a la población. A la indiferencia del monarca Carlos IV, sucedieron la rigidez y el despotismo de Fernando VII, que, receloso de lo extranjero tras los recientes episodios de la Guerra de la Independencia, había cerrado las fronteras a Europa y, por consiguiente, a la cultura, a la modernidad y a las mejoras en la educación de los españoles. Cualquier pensamiento liberal casi resultaba sinónimo de afrancesado, y era mirado con recelo como revolucionario y peligroso para el Régimen[1].

Larra, debido a la clase y condición de su familia –su padre había sido en España médico de la alta burguesía afrancesada– tuvo que exiliarse con apenas cinco años y ya no regresaría hasta los nueve. En el intermedio de esos años debió afrontar numerosos y largos periodos de soledad –siete meses en Burdeos seguidos de cuatro años en París, en ambos casos viviendo en internados– que podrían quizá ayudar a entender el origen de su carácter introvertido. En mayo de 1818, cuando regresó a España con nueve años, casi había olvidado el español, y pronto empezaría a distinguir los adelantos del país vecino y las ventajas de la Ilustración frente a las carencias y la falta de esperanza que reinaban en el suyo propio, al que nunca, en modo alguno, renunció.

En Madrid estudió, hasta cumplir los trece años, en Las Escuelas Pías de San Antonio Abad, donde también fueron alumnos otros ilustres escritores como Bretón de los Herreros, unos años antes, o Mesonero Romanos.

1823 supuso para España el fin del trienio liberal y el restablecimiento del antiguo régimen, de persecución y temor, del rey Fernando VII. Se abría la "década ominosa" (1824-1833) con Calomarde como ministro de Justicia.

Tras una estancia de un año aproximadamente en el pueblo navarro de Corella, donde su padre había ejercido como médico, Larra se encontraría nuevamente solo en Madrid, donde siguió sus estudios en la Compañía de Jesús; en este tiempo, al parecer, se interesó por la economía y las matemáticas, hasta que pasó a la Universidad de Valladolid en 1824, para cursar estudios de Aritmética, Griego y Filosofía, entre otros. Finalmente, decide establecerse definitiva e independientemente en Madrid. Comienza aquí su incipiente andadura como escritor, con un gran deseo de poner su pluma al servicio

---

[1] Juan Luis ALBORG, *Historia de la Literatura Española*, Madrid, Gredos, 1980, t. IV.

de sus ideas, que no eran otras que plantar cara a la lamentable situación social, económica y política que sus adelantados ojos críticos venían observando desde hacía tiempo.

A los diecinueve años ya dirige en Madrid un periódico costumbrista y mordaz, *El Duende Satírico del Día* (1828), en cuyas páginas pondrá en evidencia todo lo censurable que encuentre en la sociedad española del momento. Su atrevimiento divirtió a sus lectores desde el principio, lo que se manifestó en el éxito de sus artículos, especialmente, como es lógico, entre los sectores más liberales. Su postura crítica fue una auténtica osadía, si tenemos en cuenta que estaba en el gobierno el temido ministro Calomarde, al que antes me referí, quien se había destacado por la represión a los periódicos liberales de la época inmediatamente anterior. Aunque solo llegara a publicar en este periódico cinco folletos, consiguió Larra que su nombre ocupara ya un espacio en la prensa y tertulias madrileñas.

La experiencia le sirvió para que, poco después, desde agosto de 1832 a marzo de 1833, su nuevo periódico, *El Pobrecito Hablador*, aunque de ideología similar a la de *El Duende*, intentara eludir agresivos comentarios sarcásticos contra el Gobierno. De hecho, advierte al final de uno de sus artículos: «De nadie bosquejaremos retratos»[2]. Con tono generalizador ridiculizará conductas, sin herir sentimientos concretos.

Con veinticuatro años es ya el más importante redactor de una prestigiosa publicación, *La Revista Española*, que era continuación de otra de igual fama, *Cartas Españolas*, en la que escribió también Mesonero Romanos. Es aquí donde empieza a utilizar su más famoso pseudónimo, «Fígaro».

Larra colaboró posteriormente en *El Español*, otro destacado periódico de entonces, fundado a finales de 1835, y con él se comprometió a entregar dos artículos por semana, y también fue colaborador de *El Mundo*. Para entonces ya había escrito sus dos famosas obras románticas: el drama *Macías* y la novela *El Doncel de don Enrique el Doliente.*

Si precoz fue Larra, como se puede apreciar, en su carrera periodística y literaria, no lo fue menos en su vida personal, pues con tan solo veinte años, en 1829, había contraído matrimonio con Josefina Wetoret[3].

Para comprender el pensamiento de «Fígaro» en sus artículos periodísticos, no queda más remedio que replantear de nuevo la situación española que le tocó vivir. Larra creció en un ambiente de falta de libertad. Primero sufrió de cerca las dificultades de su padre, por sus contactos con afrancesados, y luego padeció en primera persona la impotencia para luchar contra situaciones de represión. Tras el trienio liberal (1820-1823) y la vuelta al antiguo régimen, Fernando VII, como hemos dicho, agudizó la rigidez del absolutismo. Se dificultó la publicación de libros, por medio de una férrea censura, por temor al rebrote de ideas liberales que pusieran en peligro la estabilidad de la monarquía absolutista. La torpeza e impotencia del gobierno para solucionar los problemas dieron pie a muchos de sus artículos. Pero no todos son políticos; también hay otros dedicados a la crítica literaria, dramática y de costumbres, pues Larra conocía perfectamente la vida madrileña, estaba bien relacionado, y asistía con frecuencia a actos sociales y artísticos, así como a tertulias literarias abundantes en la capital. En éstas tuvo ocasión de entablar mayor relación con Bretón de los Herreros, Espronceda o Mesonero Romanos, entre otros. Todo ello le permitía escribir con conocimiento de causa.

En los catorce números de *El Pobrecito Hablador*, pese a ciertas precauciones que, como apuntábamos, hubo de tomar, la sátira ya ocupa un sitio dominante. De nuevo el

---

2 "Dos palabras", prólogo del n. 1 de *El Pobrecito Hablador.*

3 Para ampliar datos biográficos, cfr. Jesús MIRANDA DE LARRA, *Biografía de un hombre desesperado*, Madrid, Aguilar, 2009.

duende entra en acción. Estamos en 1832 cuando sale a la luz el primer número de la revista, donde ya adelanta el estilo y la técnica con que elaborará la mayoría de los posteriores: un cuadro de costumbres, o sea, una descripción pintoresca de la realidad, como pretexto o trampolín para lanzar una crítica amarga de signo social o político, pues Larra no se conforma con ser mero espectador como otros costumbristas. Sus artículos de costumbres tendrán un tono humorístico y un estilo ameno, con gracia y aparente superficialidad, pero encerrando un mensaje profundo, una aguda crítica a la pereza, la falta de educación, la hipocresía y la desidia generalizada de una sociedad que no avanza al ritmo que Larra quisiera. Poco a poco «Fígaro» fue decepcionándose progresivamente, por la escasa eficacia de sus escritos en el logro de los cambios deseados para España.

A finales de 1835, tras una larga estancia en el extranjero –Londres y París– escribió en *El Español*, periódico recientemente creado. La nueva Constitución había causado por primera vez divisiones entre los mismos liberales, por eso ahora no se dedicará solo a defender las ideas liberales, sino a lamentar las fatales consecuencias del fraccionamiento entre los partidarios del ministro Mendizábal y los de Istúriz, abusos y enfrentamientos que acentuaban la debilidad general del partido y de la Nación.

De aquí al final de su vida, sus artículos van a rezumar melancolía y desencanto. Larra, que había comenzado a escribir lleno de entusiasmo, fue cayendo en el abatimiento de la desesperanza, sumergido en un «mundo de máscaras» que no pudo cambiar. Y así, en 1837, con la salud bastante quebrada, y sin fuerzas para asumir la ruptura amorosa que acababa de sufrir, puso fin a su vida. Tal vez alentado por el fervor romántico que se vivía en ciertos círculos literarios pudo llegar a confundir la fantasía con la realidad. Pocos días antes había asistido al estreno de *Los amantes de Teruel*, y en su reseña a la obra de Eugenio de Hartzenbusch había llegado a justificar la muerte por amor.

Larra fue un hombre de contrastes.

- Romántico por naturaleza, fue un rebelde obsesionado por la libertad; estudió en los cánones del Neoclasicismo y desembocó en un Costumbrismo analítico y agudo, sin dejar de lado todo lo anterior. La sátira, de tradición dieciochesca, se convierte en principal herramienta de trabajo para sus fines críticos, y la verdad será el estandarte que le lleve a reflejar la realidad, de forma pintoresca pero profunda.
- Afrancesado por sus circunstancias personales y familiares, tuvo la fortuna de conocer las ventajas del país vecino, lo que, por otra parte, le sumió en una profunda amargura, pues, a la vez, amante de España, le desesperaban la torpeza y lentitud de los progresos de su patria.
- Católico, pero, al mismo tiempo, liberal, laico y librepensador.
- Aficionado a las matemáticas, a la economía y al juego de ajedrez, encuentra sin embargo su camino en las letras: todos sus artículos son literarios, es decir, elaborados con belleza y armonía formal.
- Profundo en sus pensamientos, pacífico[4] y amante de la vida, pone, sin embargo, fin a la suya, de manera irreflexiva y frívola, sin ni siquiera reparar en su responsabilidad para con sus tres hijas de corta edad.

Desde la perspectiva de hoy día, doscientos años después de su nacimiento, lo más llamativo de la obra literaria de Larra, desde mi punto de vista, es la modernidad. Fue un adelantado en pensamiento, pero también en expresión. La prosa de su coetáneo, el costumbrista andaluz Estébanez Calderón resulta hoy anticuada, y las descripciones pinto-

[4] Fueron sus entretenimientos favoritos la lectura y el juego de ajedrez.

rescas de Mesonero Romanos, con quien mantuvo cierta rivalidad[5], aunque valiosas, se han quedado atrás en el tiempo; eso, solo por citar a los dos escritores con los que más se le suele comparar. Larra, sin embargo, es actual. Cualquiera de sus artículos sociales, políticos o de costumbres puede leerse hoy con el interés de lo inmediato. En el fondo de sus críticas está siempre el hombre, el ser humano de carne y hueso, aunque se centre en tipos de la sociedad española de su época; y en lo formal, tanto la técnica como el estilo pueden ser escogidos hoy como patrones para una magnífica composición de artículo o reportaje periodístico.

"El Pobrecito Hablador", revista satírica de costumbres, etc., etc. por el bachiller Don Juan Pérez de Mungía

La revista consta de catorce números y un pequeño prólogo que titula: "Dos palabras" donde explica su intención:

> No tratamos de redactar un periódico: 1. porque no nos creemos con facultad ni con ciencia para tan vasta empresa: 2. porque no gustamos de adoptar sujeciones, y mucho menos de imponérnoslas nosotros mismos. Emitir nuestras ideas tales cuales se nos ocurran, o las de otros, tales cuales las encontremos para divertir al público, en folletos sueltos de poco volumen y de menos precio, este es nuestro objetivo […].
> A nadie se ofenderá, a lo menos a sabiendas […] Adoptamos por consiguiente con gusto toda la responsabilidad que conocemos del epíteto satírico que nos hemos echado encima; solo protestamos que nuestra sátira no será nunca personal, al paso que consideramos la sátira de los vicios, de las ridiculeces y de las cosas, útil, necesaria, y sobre todo muy divertida […].
> Reírnos de las ridiculeces; esta es nuestra divisa: ser leídos; este es nuestro objetivo: decir la verdad; este nuestro medio[6]

El artículo n. 1 aparece en agosto de 1832 y lleva por título "¿Quién es el público, y dónde se encuentra?":

> Yo vengo a ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo […] Entrométome en todas partes como un pobrecito, y formo mi opinión, y la digo, venga o no al caso, como un pobrecito (98)

Por sus comentarios, no parece que Larra tuviera muy buen concepto del público, al que tacha de caprichoso e injusto, aunque también sufrido y «rutinero». Concluye diciendo que «la posteridad casi siempre revoca sus fallos interesados» (109).

En el n. 2: "Contra los vicios de la corte", Larra se lamenta de unas gentes urbanas convertidas en jugadores, aduladores o desvergonzados que se casan para medrar. Hombres y mujeres que se venden. Y, en fin, un conjunto de pícaros en vez de gente honrada. Asimismo, habla de mordaza y miedo.

En el n. 3: "Carta a Andrés", el improvisado Andrés es «cortesano y discreto». Larra se refiere a España como «inculto país» (127):

> ¿No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee? (128)

> Lucidos quedamos, Andrés. ¡Pobres batuecos! La mitad de las gentes no lee porque la otra mitad no escribe, y esta no escribe porque aquella no lee (131)

---

[5] Mesonero Romanos sentía celos literarios de Larra, motivo por el que denuncia cierto mimetismo en sus artículos de los del francés Pablo Luis Courrier, pero «la ironía de Larra es mucho más compleja» (José Luis VARELA, *Las palabras*, Madrid, Espasa Calpe, 1982, p. 19).

[6] Utilizo la edición de María del Pilar PALOMO, *El Pobrecito Hablador*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003. Los números entre paréntesis, que aparecen tras las citas, corresponden a las páginas de esta edición.

Los libreros buscan enriquecerse y dicen que «no hay literatos ni manuscritos, ni quien los lea: no nos traen sino folletitos y novelitas de ciento al cuarto». Larra los considera usureros: «No hay dos libreros hombres de bien».

Los escritores, por su parte, están desengañados: «el día que no traduzco no como». «Los jóvenes no gastan su dinero en libros: ni los compran ni los quieren» (131).

"Empeños y desempeños" es el título del artículo n. 4 de la revista. Aquí un sobrino le pide al redactor dinero para poder desempeñar una «repetición» (un reloj). En casa del hebreo prestamista, Larra puede observar cómo la mayoría de los clientes que piden dinero prestado no lo necesitan para cubrir necesidades, sino para poder aparentar ante los demás, o sea, por pura vanidad. Son tantos que no puede por menos que exclamar: «¡Oh utilidad de los usureros!» (151).

El n. 5: "Sátira contra los malos versos de circunstancias", dirigido a Andrés está escrito en verso. Aquí Larra se muestra defensor de Fernando VII por el apoyo del rey a la cultura en esa época. Quiere dejar claro que no hace versos con intención de adular: «que aquellos versos que adulando escriba, borre yo mismo con mi propia lengua» (170). Se opone así a los versos mercenarios.

En un apartado que titula "Filología", tras corregir algunos vicios de dicción, Larra se lamenta de nuevo de que los jóvenes traduzcan en vez de escribir:

> Si los jóvenes que se dedican a la literatura estudiasen más nuestros poetas antiguos, en vez de traducir tanto y tan mal, sabrían mejor su lengua, se aficionarían más a ella, no la embutirían de expresiones exóticas no necesarias, y serían más celosos del honor nacional (177)

El n. 6 es "Carta segunda" escrita a Andrés por el mismo Bachiller:

> Te dije que no se leía ni se escribía ¿Cuál será tu asombro cuando te pruebe que tampoco se habla? […] inculto país […] ¿Y no se habla, me dirás, porque no hay quien oiga, o no se oye porque no hay quien hable? (183)

> Cuando representan pésimamente una comedia, cuando cantan rabiando una ópera, cuando es la decoración mezquina, ¿por qué no levantan su voz? (184)

Adelanta Larra la denuncia del amiguismo en la crítica, que posteriormente retomaría Clarín en sus *Folletos Literarios*[7].

El n. 7 de *El Pobrecito Hablador* se ha hecho muy popular por el famoso artículo que contiene: "El casarse pronto y mal". Artículo del Bachiller.

Al comienzo, Larra advierte al lector de que no sigue método ni orden, y de que salta de una materia a otra, a veces en verso y a veces en prosa, «para denunciar necios y viciosos» (196).

Denuncia Larra la mala adaptación, por brusca y repentina de las ideas liberales francesas, y la necesidad de una progresiva adecuación entre nuestras tradiciones familiares y religiosas, y la modernidad que trae Europa. Para ello, relata la historia del matrimonio de su sobrino –boda precipitada e insensata– y sus funestas consecuencias. Se advierten claros ecos autobiográficos, pues también Larra fracasó en su matrimonio precoz.

El n. 8 lleva el también famoso artículo titulado "El castellano viejo", en el que Larra critica la grosería y mala educación de los 'nuevos ricos'. El día de días (cumpleaños) que celebra Braulio, y al que, por pura cortesía, asiste Larra, se convierte en un infierno para el convidado por las pésimas maneras en las que se desarrolla. Funesto día, en efecto, cuya conclusión viene a ser para Larra que los castellanos viejos han conseguido mejorar económicamente, pero su educación está lejos de unos mínimos aceptables.

---

[7] Especialmente en el primero de los ocho que escribió, y que se titula "Un viaje a Madrid".

El n. 9 aborda "Reflexiones acerca del modo de resucitar el teatro español". Su autor califica de arduo este artículo. Comienza exponiendo la importancia que tiene el teatro en la sociedad –idea retomada por Galdós años más tarde–, y luego habla de cuatro elementos en el teatro: teatro, poetas, actores y público. De ellos, da especial importancia al público para estímulo de los poetas. Por eso, la dificultad del teatro está en la falta de educación del público, que impide apreciar las buenas obras y a los buenos actores.

Hay que educar, dice Larra: «instrucción sana, sí, religiosa, morigerada, pero instrucción en sí» (231). Hay que ilustrar al público, y esta es la misión de los poetas: «Los que saben más tienen de ello mayor obligación» (231).

El n. 10 es la primera carta de contestación de Andrés al Bachiller: "Carta de Andrés Niporesas al Bachiller". Se habla de la pereza como primer vicio del país. Se considera inaceptable que se justifiquen como normales conductas inmorales, como robar sin salir de la oficina:

> Ello es que hay cosas de suyo pegajosas, y si te arrimas mucho a un pellejo de miel, por fuerza te has de untar, sin que esto sea en ninguna manera culpa tuya, sino de la miel que de suyo unta (250)

Denuncia corrupción en la concesión de empleos.

La esperanza de mejorar requiere: «menos egoísmo, menos miedo, menos partidos y colores, menos pereza y holgazanería» (253).

De nuevo la pereza como motivo fundamental aparece en el n. 11 de la revista, con otro artículo de enorme popularidad: "Vuelva usted mañana".

Para abordar el tema introduce como pretexto en la historia a un extranjero que viene para resolver lo antes posible sus asuntos familiares e invertir dinero en España, pero que tiene que claudicar y volverse a su país con todo sin hacer.

Al final de este artículo, Larra nos anuncia el cierre del periódico.

El n. 12 lleva un título evocador: "El mundo todo es máscaras".

En pocos hombres acierta a ver Larra una inteligencia clara: «lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesura y talento» (279).

Es una auténtica denuncia de la hipocresía humana, que constituye un anticipo de la lucha contra uno de los grandes males de España, que llevará a cabo, dentro su literatura revisionista, el grupo del 98.

Larra nos describe un baile de Carnaval al que acude por compromiso, y que le sirve de pretexto para hacer una profunda reflexión sobre la condición humana, señalando la hipocresía como motor de la vida social.

Señala con el dedo algunas concretas profesiones, tradicionalmente respetadas y admiradas.

A propósito de los abogados: «¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: venid aquí necios; dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os haré frases». Sobre los médicos*:*

> yo sano los males, yo los conozco; observa con qué seriedad lo dice; parece que lo ve él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz […] –Pues oye también el último ay del moribundo, que va a la eternidad, mientras que el doctor corre a embromar a otro con su disfraz de sabio (282)

Al militar (a propósito de las medallas que luce):

> –¡Insensato! Esa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo. –Pero… –No es lo mismo. –¿Y esa otra de? La casualidad. Se está vistiendo de grande uniforme, es decir, disfrazado […] La esposa que dice que ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida? (283)

Finaliza: «En el mundo todo es Máscaras; todo el año es Carnaval» (284).

El n. 13 se titula "Conclusión". Larra habla de despedida y cierre; en este número da señales de clara desesperanza, y es consciente de sus inútiles esfuerzos:

> donde quiera que volvemos los pasos encontramos una pared insuperable [...] y si del otro lado imaginan algunos que está la felicidad, que nosotros no vemos en el mundo por ninguna parte, Dios se la tenga muchos años por allá (291).

En estas reflexiones finales, desvela «Fígaro» la finalidad de sus artículos «el deseo de contribuir al bien de nuestra patria nos ha movido a decir verdades amargas» (293).

Y de nuevo se anticipa, como antes señalábamos, al espíritu del 98: «nuestro bienestar y nuestra representación política no ha de depender de ningún talismán celeste, sino que ha de nacer, si nace algún día, de tejas abajo, y de nosotros mismos» (292). En múltiples ocasiones habría de repetir Unamuno que es el pueblo el depositario de los destinos de la patria y no la incierta esperanza de un líder salvador.

No fue el 13 el número con el que cerró *El Pobrecito Hablador* sino el "N. 14 y último":

Andrés Niporesas relata la crónica de la muerte del periódico personalizado en El pobrecito hablador, o sea, en su autor. La ironía de Larra se manifiesta en el fingido arrepentimiento por las críticas lanzadas en la publicación. Primero justifica: «Había de hablar y habló», «nunca fue la intención del Bachiller hablar mal de su país» (305).

Y manifiesta la causa de su muerte: «Declaro y confieso en la hora de mi muerte, y como si me hallase en ella, que tengo miedo, y que de miedo, muero; lo cual no me da vergüenza».

El periódico *Cartas españolas* pasó a llamarse *La Revista española* en 1832, y se convirtió en la publicación más importante del momento. Vemos ahora a un Larra que va a estrenarse como redactor, y que acusa una madurez bastante marcada en comparación con la etapa anterior. Sus artículos se hacen más sueltos, más genuinos, porque no se atiene tanto a las técnicas de la tradición dieciochesca en las que se había formado –aunque no las olvida–, sino que desarrolla un estilo más personal. No se ve obligado, por ejemplo, a justificar su perspectiva como narrador ante el lector, ni tampoco hay un establecimiento explícito de «normas de la comunicación ficcional». Ahora Larra «acorta la distancia entre autor real y narrador para convertirse en una especie de "alter ego"»[8].

Al asumir sus nuevas funciones en esta revista, Larra vio una nueva oportunidad para continuar su misión de observador crítico de la sociedad, de una forma más cautelosa, pero no menos sincera que la que había adoptado anteriormente. En 1833 ya no escribe en el anonimato sino que sale a la luz su firma, aunque sea un pseudónimo. Así nace «Fígaro».

Quizá sea "En este país" el artículo de *La Revista española* que mejor representa la fusión entre el Larra clásico y el renovado. En cualquier caso, merece la pena analizar, aunque sea brevemente, la técnica y el contenido ideológico de este breve artículo, como muestra de la coherencia formal y conceptual que se aprecia especialmente en las narraciones breves de este autor, ya que ello marca el gran contraste entre su obra y su trágico destino personal.

"En este país" tiene dos partes bien diferenciadas.

La 1ª parte es el *planteamiento* del artículo. En ella se abordan tres temas rigurosamente sucesivos:

---

8 Miguel Ángel MURO MUNILLA, "Cuestiones de técnica narrativa en los artículos costumbristas de *El Pobrecito Hablador*", en *Cuadernos de investigación filológica*, Logroño, XVI.1-2 (1990), p. 57.

a) Importancia y trascendencia del uso de las palabras.
b) Justificaciones psicológicas de la muletilla «en este país»: descargar culpas propias en los demás; afición de los españoles por lo que no conocen; desprecio de lo propio.
c) Enseñanza final: No despreciemos lo positivo de nuestro pasado.

La 2ª parte es el *desarrollo* del artículo. Aquí aparecen dos elementos fundamentales que son herramientas imprescindibles para el autor:

a) El tipo o personaje que utiliza como interlocutor, que en esta ocasión se llama «don Periquito» y que representa al joven español lleno de carencias personales de las que culpa a su país.
b) La moraleja final: síntesis en la que Larra demuestra su afán educativo y su sentido crítico:

> Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento ¡cosas de España!, contribuya cada cual a las mejoras posibles[9]

Estamos ante un artículo de costumbres, pero entre líneas se adivina una crítica política: el desaliento, la apatía de una generación de jóvenes sin sentimiento patriótico.

El narrador ha pasado de simple observador a personaje narrador implicado en la trama. Hay una crítica contra la indolencia juvenil, con sarcasmo e ironía, pero no hay desesperanza: Larra quiere que los jóvenes valoren los progresos de España para que se motiven y dejen absurdos complejos.

Larra, en fin, seguía luchando por mejorar su querida España, pero tropezó con el muro insalvable de las circunstancias políticas y la hipocresía social. Queda hoy su testimonio, avalado por los intelectuales que continuaron su labor. En el terreno ideológico, fue punto de referencia de la Generación de fin de siglo, que continuó su literatura revisionista; y en el terreno literario fue precursor del Costumbrismo, gracias al cual pudo dar fe de la auténtica realidad española en una sociedad que se evadía de ella con pretextos románticos.

Resumen: Se ofrece una visión de Mariano José de Larra, desde la perspectiva actual, como escritor y periodista moderno, tanto en lo que se refiere a la estructura formal como al contenido de sus artículos. Su trágico suicidio contrasta con su manifiesto amor a la vida; su liberalismo romántico, con su apego a la tradición; y su afrancesamiento, con su profundo amor a España. Larra se adelanta a su tiempo, y sus artículos críticos abren camino a abundantes reflexiones posteriores sobre el presente y futuro de nuestro país, a cargo de prestigiosos pensadores y ensayistas que llegan hasta hoy.

Palabras clave: Romanticismo, España, Madrid, artículos, sátira, libertad, modernidad.

Abstract This article provides an overview of Mariano José de Larra, from today's perspective as a modern writer and journalist both in regard to his formal literary structures and the content of his articles. His tragic suicide, his romantic liberalism and his French influence were in contrast to his apparent love of life, his adherence to tradition and his huge love of old Spain. Larra was ahead of his days. His critical articles opened ways to reflect on the present and future of our country, and they are being taken forward by renowned thinkers and essayists up to the current day.

Keywords: Romanticism, Spain, Madrid, articles, satire, liberty, modernism.

---

9 Mariano José de Larra, "En este país", en *Obras completas de Mariano José de Larra*, Barcelona, Montaner y Simón Editores, 1886, p. 274.